

## EL DIAMANTE MÁS CARO



En mayo de 1995 un diamante fue vendido por 16.5 millones de dólares, la máxima cantidad pagada por un diamante en una subasta hasta 2008. El comprador, Sheikh Fitaihi, conocido joyero de Arabia Saudita, bautizó la piedra con el nombre de “Estrella de las Estaciones”, afirmando que su precio tan exorbitante se debía a su rareza y perfección, aunque no descartó la posibilidad de volverla a vender. La subasta se llevó a cabo en un lujoso hotel de Ginebra, donde numerosos aficionados y curiosos se acercaron para ver esta hermosa piedra.

Si el Sr. Fitaihi ofertó más de 16 millones de dólares, un monto inalcanzable para muchos, es claro que bien podía pagarlo. ¿Pero sabía usted que hubo otra compra donde el precio fue tan elevado que el comprador tuvo que vender todo lo que tenía para efectuar la compra? Así habló el Señor Jesucristo de un mercader de buenas perlas, que encontró una perla preciosa y quiso obtenerla a todo costo (Mateo 13.45-46). Se refería a sí mismo en su deseo por redimir al pecador y hacerlo suyo.

El apóstol Pablo añade que Jesucristo se hizo pobre, siendo rico (2 Corintios

8.9). Como dueño legítimo del universo, no había otro más rico que Él. Pero considere su nacimiento, envuelto en pañales en un pesebre de Belén, y contemple la cruz, donde los soldados lo despojaron de sus vestidos, sus únicas pertenencias, y las repartieron entre sí. ¿Conoce usted un caso de pobreza más aguda? Luego “se dio a sí mismo en rescate por todos”, 1 Timoteo 2.6. ¡Un precio incalculable!

¿Qué motivó a aquel joyero a pagar tanto dinero? Quizás vio grandes posibilidades de ganancia personal y calculó rentable la inversión. Pero Cristo, impulsado por su inexplicable amor hacia los arruinados y miserables pecadores, “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”, Filipenses 2.8.

En aquella subasta, el diamante relucía en todo su esplendor, provocando la admiración de muchos. Pero la joya que Cristo buscaba –cada uno de nosotros– carecía de atractivo y estaba manchada por el pecado. “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos”, Romanos 5.6.

El referido diamante no hizo nada en toda aquella transacción y nosotros

tampoco contribuimos para pagar el rescate de nuestras almas. La Biblia dice que “la redención de su vida es de gran precio y no se logrará jamás”, Salmo 49.8. Sólo Jesucristo la pagó, y exclamó: “Consumado es”, Juan 19.30.

El pago de 16.5 millones de dólares hizo a Sheikh Fitaihi el legítimo dueño de la gema, con derechos absolutos para disfrutarla él mismo o venderla de nuevo. Pero el que cree en Jesucristo como Salvador reconoce con gozo que ha sido comprado con “la sangre preciosa de Cristo”, 1 Pedro 1.19, y tiene la firme confianza de que jamás será vendido a otro, ni echado fuera. Jesucristo prometió: “Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”, Juan 10.28. ¿Qué de usted?

Kenneth Turkington

